



33 años antes de la batalla de Yavin.

Casi todos los mundos del sector Videnda tenía algo que recomendar –cálidos mares salinos, frondosos bosques, fértiles campos que se estiraban hasta distantes horizontes. El alejado planeta conocido como Dorvalla tenía un poco de todo esto. Pero lo que tenía en abundancia era el mineral lommite, un componente esencial en la producción de transpariacero –fuerte metal transparente utilizado por toda la galaxia para construir ventanas y miradores tanto en naves espaciales como en estructuras terrestres. Dorvalla fue tan rica en lommite que una cuarta parte de la escasa población del planeta estaba involucrada en la industria, o bien explotada por Lommite Sociedad Limitada o por su contencioso rival, Mineral InterGaláctico.

El mineral calcáreo era extraído de las tropicales regiones ecuatoriales de Dorvalla. La base de operaciones de Lommite Sociedad Limitada estaba en el hemisferio oeste del planeta, en un gran desfiladero cubierto por un espeso bosque y caracterizado por abruptos escarpados. Allí, donde los antiguos mares habían predominado alguna vez, los movimientos en el manto planetario habían elevado de la tierra inmensos peñascos de lados empinados. Coronadas por floreciente vegetación, árboles y primitivos helechos, las altas y rocosas montañas se elevaron como islas, cegando al sol y dando origen a esbeltas cascadas que se zambullían a cientos de metros al suelo del valle.

Pero lo que una vez fue una jungla era ahora como otro sector de extracción. Los gigantescos droides de demolición han escarbado anchas carreteras hacia la base del mayor de los precipicios, y dos zonas de despegue circulares, lo suficientemente grandes como para acoger a docenas de anticuadas lanzaderas espaciales, habían sido construidas en pleno bosque. Las montañas se convirtieron en panales de minas, y profundos cráteres fueron tapados con aguas contaminadas que reflejaban el sol y el cielo como si de espejos de niebla se tratara.

El incesante trabajo de los droides contaba con la colaboración de toda una fuerza laboral contratada compuesta por humanos y alienígenas, a quienes el mineral extraído igualaba mucho. No importa el color natural de la piel, del pelo, de las plumas o de las dimensiones de los mineros, todos parecían blancos como el amanecer

galáctico. Todos aceptaban que los seres sensibles merecían más en la vida, pero Lommite Sociedad Limitada no era lo suficientemente próspera como para sustituirlos a todos por mano de obra droide, y Dorvalla no era un mundo de posibilidades ilimitadas de empleo.

Aun así, eso no impedía que algunos soñaran.

Patch Bruit, el jefe de las operaciones de campo de Lommite Sociedad Limitada –un humano tras la rutina del pulido del mineral- había soñado varias veces con empezar una nueva vida, con trasladarse a Coruscant o uno de los otros mundos del Núcleo y forjar una nueva existencia por sí mismo. Pero como una mudanza suponía permanecer fuera durante años, la idea no le gustaba del todo, especialmente si prometía volver con su escaso sueldo a la LL, excediéndose del presupuesto de los establecimientos de la compañía y derrochando lo poco que se guardaba para apostar y beber.

Había estado en la LL durante casi veinte años, y en ese tiempo se las había arreglado para salir de las minas y llegar a una posición de autoridad. Pero con esa autoridad había acumulado una mayor responsabilidad que con la que él había contado, y tras los diversos incidentes recientes de sabotaje industrial, su paciencia estaba a punto de agotarse.

La estación de control en forma de caja en la que Bruit empleaba la mayor parte de sus días laborales vigilaba el bosque de las colinas y las zonas de despegue y aterrizaje. En las numerosas pantallas de vídeo de la estación se mostraban plataformas de elevación por repulsión transportando a trabajadores hacia las profundas bocas de las cuevas artificiales que agujereaban las escarpadas laderas de las montañas. En otro lugar, la plataforma elevadora funcionaba gracias a la ayuda de bestias con gran fuerza para el arrastre, con enormes cuellos curvados y ojos mansos.

Los técnicos que trabajaban junto a Bruit en la estación de control eran aficionados a escuchar música grabada, pero apenas podía oírse sobre el inexorable ruido de las enormes perforadoras, las lentas pisadas de las bestias de carga y el rugido de los despegues de las lanzaderas.

Los muros de la estación de control estaban hechos de transpariacero, de un dedo de grosor, cuyos paneles de triple capa debían mantener a raya la polvareda de la extracción, pero nunca lo hacían. Fino como la cerámica, el polvo resinoso se filtraba por las más pequeñas aberturas y lo manchaba todo. Por mucho que lo intentara, Bruit nunca podía quitarse de encima aquella suciedad, ni siquiera en las duchas o en los baños sónicos. Lo olía allí donde fuera, lo saboreaba en la comida que le servían en los restaurantes de la compañía, y a veces se infiltraba en sus sueños. Tan penetrante era el lommite que desde el espacio Dorvalla parecía estar rodeada por un cinturón blanco.

Afortunadamente, todo aquel que se encontrara en un radio de cien kilómetros de las operaciones de Lommite Sociedad Limitada tenía el mismo problema –mineros, comerciantes, los seres que atendían las cantinas. Pero lo que podía ser una gran familia feliz del lommite no lo era. Los periódicos incidentes de sabotaje habían fomentado una atmósfera de precaución y desconfianza, incluso entre operarios que trabajaban codo con codo en los túneles.

“Las lanzaderas del Grupo Dos están cargadas y listas para el lanzamiento, jefe” informó uno de los técnicos humanos.

Bruit miró fijamente a los transportes mecanizados guiados por droides, que eran los responsables de llevar el lommite. La mercancía era transferida a una pequeña flota de fragatas de LL en una órbita alta, las cuales llevaban el mineral sin refinar a los mundos manufacturadores a través de la Ruta Comercial Rimma y ocasionalmente al lejano Núcleo.

“Haz sonar la alarma.” dijo Bruit.

El técnico accionó una serie de interruptores de la consola y los altavoces empezaron a pitar. Los mineros y los droides de mantenimiento se alejaron de la zona de despegue.

Bruit miró a las pantallas que mostraban de cerca a las lanzaderas. Las estudió cuidadosamente, buscando cualquier anomalía que se saliera de lo normal.

"La zona de lanzamiento está despejada" indicó el mismo técnico. "Las lanzaderas están preparadas para el despegue."

Bruit asintió. "Adelante."

Era una rutina que sería repetida una docena de veces antes de que la jornada de Bruit concluyera, normalmente bastante después del atardecer.

Los ocho vehículos sin piloto se elevaron del suelo gracias a la fuerza de elevación por repulsión, balanceándose y emitiendo sus estrepitosos ruidos por todo el suroeste. El aire que había debajo de ellos se enturbió con el calor. Cuando las lanzaderas estaban a cincuenta metros sobre el suelo, sus motores sublumínicos se encendieron con llamaradas azules, impulsando a las naves hacia el polvoriento cielo.

El suelo tembló ligeramente y Bruit podía sentir un tranquilizador retumbo en sus huesos. Tomó un profundo respiro y se marchó lentamente. Durante la siguiente hora, podía relajarse un poco. Cuando se giró y dejó de ver la zona de despegue, sus huesos y sus oídos le alertaron de un cambio en el estruendoso ruido, un ligero descenso del volumen que no tendría que haber ocurrido.

De repente el temor tiró de él. El sudor de su frente y de las palmas de sus manos se congeló. Se dio la vuelta y presionó su rostro contra el panel de transpariacero que daba al sur. En lo alto del cielo podía ver a dos de las lanzaderas empezando a variar su rumbo mientras sus estelas de vapor se curvaban, alejándose de la recta línea ascendente que seguía el resto del grupo.

"Catorce y dieciséis." afirmó el técnico. "Estoy intentando desconectar los motores sublumínicos y volverles a poner en modo repulsión. No responden. ¡Están acelerando!"

Bruit mantuvo sus ojos pegados al cielo. "Dame una señal."

"¡Vuelven hacia nosotros!"

Bruit pasó la mano por la frente. "Activa la autodestrucción."

Los dedos del técnico flotaron por la consola "No responde."

"Anula el piloto automático."

"Sigue sin responder. También ha sido desactivado."

Bruit maldijo con fuerza. "Vector de aproximación."

"Apuntan directamente al Castillo."

Bruit echó un vistazo al peñasco indicado. Era una de las minas más importantes, así llamado por los capiteles naturales que adornaban la ladera oriental y la meridional.

"Ordena la evacuación. Máxima prioridad."

Las sirenas chillaron en la distancia. En cuestión de instantes, Bruit pudo ver a los trabajadores huyendo de las entradas de las minas y saltando sobre las aeroplataformas. Dos que estaban completamente ocupadas ya estaban comenzando a descender.

"Diles a los pilotos de las plataformas que se mantengan en lo alto" ladró Bruit. "Nadie estará más a salvo en el suelo que en las minas. ¡Y que aquellos droides y las bestias de carga se vayan de aquí!"

Una colosal máquina perforadora bípeda apareció en la boca de una de las minas, puso en marcha su motor de elevación por repulsión y se dejó caer a través de la fina capa de aire.

"Treinta segundos para el impacto" dijo el técnico.

"Deshazte de los droides guía de las lanzaderas."

"¡Fuera droides!"

Bruit apretó sus manos. Las dos descontroladas lanzaderas estaban cayendo en picado una al lado de la otra, como si de una carrera por alcanzar el Castillo se tratara. Los técnicos ya habían conseguido apagar el motor sublumínico de la catorce, y la propulsión de la dieciséis desapareció mientras Bruit observaba. Pero ya no había forma de detenerlas. Eran un proyectil en caída libre.

En la estación de control, los droides y los individuos parecían idénticos al estar todos agachados detrás de los tableros de mandos –todos excepto Bruit, que se negaba a moverse; parecía ajeno a lo que estaba ocurriendo, como si pudiera cambiar las cosas con tan solo mirar a la lluvia de mortíferos misiles a través de los paneles de transpariacero.

Las lanzaderas colisionaron contra el Castillo casi al mismo tiempo, impactándole por la parte más alta de las minas, a unos cincuenta metros más abajo de la selvática cumbre de la colina. El Castillo desapareció tras una llamarada explosiva de luz cegadora. Después el sonido de las colisiones tronó por todo el paisaje, reverberando y crujiendo, produciendo un eco ensordecedor desde los escarpados gemelos. Inmensos pedazos de rocas volaron desde la ladera de la colina y dos de sus elegantes capiteles se derrumbaron. Las oberturas de las minas emitieron una densa polvareda, como si el Castillo hubiera tosido todo su mineral. El aire se llenó de hinchadas nubes, blancas como la nieve. Casi inmediatamente después el mineral empezó a precipitarse, cayendo como si fuera ceniza volcánica y enterrando todo lo que había en un radio de cien metros en ese lado de la montaña.

Bruit todavía no se había movido –no hasta que una nube alcanzó la estación de control y la vista se tornó blanca.



El complejo de la sede de Lommite Sociedad Limitada se acomodaba al pie del escarpado occidental del valle. Incluso allí, había medio centímetro de polvo de lommite cubriendo el lujoso césped y las flores de los jardines del presidente de LL, Jurnel Arrant, que había logrado plantarlos a pesar de la acidez del terreno.

Las suelas de las botas de Bruit dejaban claras huellas en el polvo cuando entró en la oficina de Arrant, con sus amplias vistas del valle y las lejanas colinas. Bruit intentó taconear, frotar y arrastrar sus pies tanto como pudo para limpiar sus botas, pero fue una tarea inútil.

Jurnel Arrant estaba de pie frente a la ventana, dando la espalda a la habitación, cuando permitió la entrada de Bruit.

“Menudo lío” dijo Arrant cuando oyó a la puerta cerrarse tras Bruit. “Cuando piensas que nada puede ir peor, todavía hay que esperar a que llueva. Va a ser complicado salir de esta.”

Bruit pensó en un comentario que atenuara la tensión del momento, pero la expresión de resentimiento que vio en Arrant cuando se dio la vuelta le mantuvo firme.

El líder de Lommite Sociedad Limitada era un humano esbelto y apuesto, muy tímido para su mediana edad. Cuando vino por primera vez a Dorvalla desde su nativo Corellia, no había estado remangándose y plantando allí donde lo necesitaba. Pero como LL había empezado a prosperar bajo su administración, Arrant se había vuelto más y más quisquilloso y ocupado, por lo que dejó a Bruit al cargo de los asuntos del día a día. Arrant prefería las túnicas caras de colores oscuros, con las hombreras siempre manchadas con el polvo del lommite, de modo que vestía con cierto distintivo de honor. Si su estatus no indígena hubiera estado en su contra al principio, pocos tenían algo con lo que despreciar lo que se decía sobre el hombre que había transformado en solitario a la inicialmente provincial Lommite Sociedad Limitada en una corporación que ahora hacía negocios con multitud de prominentes mundos.

Arrant echó un vistazo a las blanquecinas huellas que las botas de Bruit habían dejado en la alfombra. Suspirando a propósito, invitó a Bruit a que tomara asiento tras un viejo escritorio de madera.

“¿Qué voy a hacer contigo, Bruit?” preguntó con énfasis. “Cuando me pediste un equipamiento de vigilancia mejorado, te lo proporcioné. Y cuando me pediste que aumentara el personal de seguridad, también lo hice, como bien sabes. ¿Hay algo más que necesites? ¿Hay algo que se me haya olvidado darte?”

Bruit mordió sus labios y sacudió su cabeza.

“No tienes familia. No tienes novia que yo sepa. Así que quizás ya no te preocupa tu trabajo, ¿no es así?”

“Sabes que eso no es cierto” mintió Bruit.

“Entonces, ¿por qué no estás haciéndolo?” Arrant puso sus codos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante. “Este es el tercer incidente en unas cuantas semanas, Bruit. No entiendo cómo puede seguir ocurriendo esto. ¿Tienes algo con lo que dirigir a las lanzaderas para que se estrellen?”

“Sabremos más si localizamos y analizamos a los droides guía.” dijo Bruit. “Lo que pasa es que ahora están enterrados bajo cinco metros de escombros.”

“Bien, les recuperaremos. Quiero que dediques todos tus esfuerzos a erradicar a los saboteadores responsables de esto. ¿Crees que puedes hacerlo, Bruit, o tengo que traer a especialistas?”

“No serán capaces de descubrir nada que yo no sepa” replicó Bruit. “Mineral InterGaláctico, al igual que LL, está haciendo de todo por conseguir el éxito. Frente a él, ya no hay rivalidad industrial. Muchas de las familias que trabajan para InterGal tienen vendettas con algunas de las familias que nosotros empleamos. Al menos dos de estos recientes sucesos han estado motivados por rencores personales.”

“¿Qué es lo que sugiere, Bruit, que termine con todos y traiga a diez mil mineros desde Fondor? ¿Qué es lo que va a hacer con la producción? Y lo más importante, ¿qué es lo que va a hacer con mi reputación en Dorvalla?”

Bruit se encogió de hombros. “No tengo respuestas. Quizá haya llegado el momento de que llame la atención del Senado Galáctico.”

Arrant le miró fijamente. “¿Llevar esto a Coruscant? No estamos en mitad de un conflicto interestelar, Bruit. Esto es una guerra corporativa y he estado en las trincheras el suficiente tiempo como para saber que es mejor revolver estos conflictos por tu cuenta. Es más, no quiero que se involucre el Senado. Convocarán un debate entre Lommite Sociedad Limitada e InterGaláctico, para ver quién ofrece los mayores sobornos a los senadores más importantes” sacudió su cabeza furiosamente. “Eso nos llevaría a la bancarrota mucho más rápido que este sabotaje continuado.”

Bruit tenía su boca abierta para replicar cuando sonó un tono del intercomunicador de Arrant, y emitió la voz del droide de protocolo que hacía de secretario.

“Siento interrumpirle, señor, pero tengo una holotransmisión prioritaria por parte de un neimoidiano, Hath Monchar.”

Las delgadas cejas de Arrant se arquearon. “¿Monchar? No conozco ese nombre. Pero adelante, emite el mensaje.”

Un disco holoproector situado en el centro del suelo de la oficina mostró la holopresencia a escala real de un neimoidiano de ojos rojos y piel verdosa portando suntuosas togas y llevando un atuendo en la cabeza que parecía ser una corona.

"Os saludo en nombre de la Federación de Comercio, Jurnel Arrant" comenzó a hablar Hath Monchar. "El Virrey Nute Gunray expresa sus más afectuosos respetos y desea haceros saber que la Federación de Comercio se entristece al conocer vuestros últimos contratiempos."

Arrant frunció el ceño. "¿Cómo es que siempre que golpea la tragedia, lo primero que oigo procede de los neimoidianos?"

"Somos una especie compasiva." dijo Monchar, alargando profundamente su acentuado Básico.

"Compasión y neimoidianos nunca aparecen juntos en la misma frase, Monchar. ¿Y cómo es que ya se ha enterado de nuestro "contratiempo", como lo llamáis? ¿O es que la Federación de Comercio tenía algo que ver?"

Las vidriosas membranas de los rojizos ojos de Monchar empezaron a oscilar. "La Federación de Comercio nunca haría nada que perjudicase las relaciones con un socio potencial."

"¿Socio?" Arrant rió con arrepentimiento. "Al menos tenga la decencia de decir la verdad, Monchar. Quiere nuestras rutas comerciales. No sé cuánto ha tenido que pagar al Senado Galáctico para obtener una franquicia que opera con impunidad en las zonas de comercio libre, pero no va a comprar las del sector Videnda."

"Pero, ¿podría enviar diez veces más mineral lommite dentro de uno de nuestros transportes que en veinte de vuestras más grandes fragatas?"

"Magnífico. ¿Pero a qué precio? Dentro de poco nos costará tanto usar vuestros vehículos que seguramente no obtendríamos ganancias. No estaría vistiendo esas caras túnicas si no fuera así."

Monchar se tomó un instante para responder. "Preferiríamos que nuestra sociedad empezara con una buena base. Odiaríamos ver a Lommite Sociedad Limitada atrapada en una situación en la que no le quedara otro recurso más que unirse a nosotros."

Arrant se enfureció y golpeó el suelo. "¿Es eso una amenaza, Monchar? ¿Qué pretende, enviar droides para invadirnos?"

Monchar hizo un gesto de desestimación. "Somos mercaderes, no conquistadores."

"Entonces deja de hablar como un conquistador, o informaré de esto a la Comisión de Comercio en Coruscant."

"Está indispueto" dijo Monchar, acariciando nerviosamente su prominente boca. "Quizá deberíamos hablar un poco más tarde."

"No contacte conmigo, Monchar. Yo contactaré con usted."

Arrant desactivó el holoprojector y se dejó caer en su silla, forzando una larga exhalación a través de sus fruncidos labios. "Carroñeros" dijo tras un momento. "Prefiero ver a LL hundirse antes que venderla a la Federación de Comercio."

En el siguiente silencio se oyeron unos persistentes tintineos procedentes del exterior de la oficina, por fuera de los enormes ventanales que iban del suelo al techo. "¿Qué sucede ahora?" preguntó Arrant, girando con su silla en dirección al sonido.

"Llueve" murmuró Bruit.



A pesar de sus cuantiosos depósitos de lommite, o de la atención periódica que recibían de la Federación de Comercio, Dorvalla era, para la mayoría de los

observadores, una mota de polvo en el barrido de los sistemas estelares que pertenecían a la República Galáctica. Pero entre los pocos que habían estado siguiendo los eventos ocurridos en Dorvalla, ni uno los había prestado tanta atención como Darth Sidious, el Lord Oscuro del Sith.

"La rivalidad entre Lommitte Sociedad Limitada y Mineral InterGaláctico me intriga." Sidious estaba hablando mientras se movía la cavernosa guarida que albergaba tanto su santuario como su depósito. El capirote de su capucha estaba elevado sobre su arrugado rostro, y el pliegue de su túnica se arrastraba por el reluciente suelo. Su voz era áspera, carente de emoción pero no sin alguna que otra inflexión de intencionalidad.

"Veo una manera en la que podríamos aprovechar este enredo para nuestro propio beneficio" continuó. "Un empujón aquí, otro allá, y ambas compañías mineras se hundirán. Así, nosotros estaremos en disposición de entregar Dorvalla a la Federación de Comercio —el mineral, las rutas comerciales, el voto de Dorvalla en el Senado— y, al hacer esto, ganaremos la alianza del Virrey Gunray y sus lacayos."

Sidious sacó sus manos de las amplias mangas de su túnica. "El Virrey Gunray desea estar convencido de que merece la pena servirnos, pero le quiero completamente dominado, así que no cabe duda de que obedecerá mis órdenes. Con Dorvalla asegurada, probablemente será ascendido a una posición permanente en la Dirección de la Federación de Comercio. Podremos entonces continuar con nuestro plan más importante."

Sidious lanzó su encapuchada mirada a través de la sala en dirección a una zona profundamente oscura en la que Darth Maul permanecía sentado como una estatua, con su tatuado rostro cabizbajo, así que todo lo que Sidious podía ver era la corona de afilados cuernos que brotaban de su cráneo calvo.

"Tus pensamientos te traicionan, mi joven aprendiz" remarcó. "Estás desconcertado por mi constante interés en los neimoidianos."

Darth Maul elevó su cara, y la escasa luz que había parecía retroceder. Allí donde su Maestro representaba todo lo oculto y misterioso de los Sith, Maul era la personificación de todo lo que era temido.

"No te puedo ocultar lo que siento, Maestro. Los neimoidianos son codiciosos y de poca voluntad. Les encuentro despreciables."

"Deja a un lado tus falsedades y lloriqueos" dijo Sidious.

"Por supuesto, Maestro."

Sidious se acercó tanto que Maul le vio sonriendo.

"Unos pésimos rasgos, estoy de acuerdo. Pero son útiles para nuestros propósitos" se aproximó a Maul. "Para llevar a cabo nuestro objetivo, nos veremos forzados a tratar con toda clase de seres, a cada cual menos noble que el anterior. Pero esto es lo que debemos hacer. Asegúrate de que los neimoidianos vendrán a jugar un papel importante en nuestros esfuerzo por traer un nuevo orden a la galaxia."

Los amarillentos ojos de Maul mantuvieron la perceptiva mirada de Sidious. "Maestro, ¿cómo ayudarás al Virrey Gunray y a la Federación de Comercio a hacerse con Dorvalla?"

Sidious anduvo hasta pararse unos metros después. "Serás mi mano derecha en esta operación, Darth Maul."

Inmediatamente después, Maul encorvó su cabeza una vez más. "¿Cuáles son sus órdenes, Maestro?" Sidious puso sus manos en la cadera. "Ponte en pie, Darth Maul, y mírame." Otorgó a su aprendiz un momento para cumplirlo antes de continuar. "Tu aprendizaje ha sido impecable. Nunca has dudado de tus acciones, y has ejecutado tus tareas a la perfección. Tus habilidades como espadachín son incomparables."

"Maestro," dijo Maul "vivo para servirle."

Sidious sintió brevemente el silencio –nunca era una buena señal. “Hay cosas seguras, Darth Maul” dijo al fin. “Pero también hay imprevistos. El poder del Lado Oscuro no tiene límites, salvo aquello que aceptamos con inseguridad. Eso significa ser capaz de dar pie a todo tipo de posibilidades.”

Darth Sidious elevó su mano derecha, con la palma hacia afuera.

Antes de que Maul pudiera preverlo –incluso si hubiera decidido hacerlo– el largo cilindro que conformaba su espada láser de doble hoja voló del enganche de su cinturón y fue directamente hacia su Maestro. Pero en vez de agarrarlo, Sidious detuvo la espada en pleno vuelo, a centímetros de su elevada mano, y la hizo girar y dar vueltas delante suyo, dejando a Maul observándolo con imperturbable sorpresa. Sidious se dispuso a encender la espada. De cada lado emergió una barra luminosa de un metro de larga de un rojo fuego, hipnotizado ante la intensidad de su resplandor. La flotante arma giró a la izquierda, luego a la derecha, produciendo un zumbido que era tan amenazante como conmovedor.

“Un arma exquisita” dijo Sidious. “Dime, mi joven aprendiz, ¿qué estabas pensando cuando la construiste? ¿Por qué la hiciste así y no con una única hoja, como prefieren los Jedi?”

“Una sola hoja tiene sus limitaciones, Maestro, tanto en ataque como en defensa. Me hace sentir capaz de golpear con ambos extremos.”

Sidious hizo un sonido de aprobación. “Debes llevar eso en mente cuando vayas a Dorvalla, Darth Maul. Pero recuerda esto: lo que se hace en secreto tiene un gran poder. Un espadachín experto sabe que cuando desenvaine su filo, revelará sus intenciones. Estate atento. Es demasiado pronto para revelarnos.”

“Entiendo, Maestro”.

Sidious desactivó la espada de luz y la envió de vuelta a Maul, quien la recibió como si fuera una valiosa pertenencia. Después Sidious se acercó a Maul y le entregó un disco de datos. “Estudia esto mientras viajas. Contiene los nombres y descripciones de los seres con los que te encontrarás, y otra información que te resultará útil.”

Sidious hizo a Maul una seña para que le siguiera hacia la alejada pared de su tenebrosa guarida. Cuando llegaron, se corrió un gran panel, revelando una vista de gran altitud de la superficie urbana de Coruscant.

“Descubrirás que Dorvalla posee un paisaje muy diferente al de Coruscant, Darth Maul.” Sidious se giró ligeramente en dirección a su aprendiz, evaluándole tras su capucha. “Sospecho que te gustará la experiencia.”

“Y tú, Maestro, ¿dónde estarás?”

“Aquí,” dijo Sidious. “Esperando tu regreso, y las noticias de que tu misión fue un éxito.”



Había llevado dos días localizar y desenterrar a los droides guía de las lanzaderas estrelladas, y había llovido todo el tiempo. Los escombros bajo la sombra del Castillo tenían tres metros de profundidad. Bruit había insistido en supervisar la operación de búsqueda y recuperación. Quería echar una mano cuando los droides fueran analizados.

Pocos empleados de Lommite Sociedad Limitada tenían acceso a la zona de despegue, y menos aún podían entrar a las mismas lanzaderas mecanizadas. La manipulación de los dispositivos que había hecho descender a los vehículos habría dejado los indicios característicos de una interrupción computerizada por parte de aquel que había efectuado actos previos de terrorismo y sabotaje. Las fuentes de Bruit ya habían

establecido que el culpable era un agente de Mineral InterGaláctico, pero todavía se tenía que averiguar la identidad del saboteador.

El equipo que Bruit había asignado a la recuperación era una mezcla de seres de sistemas estelares relativamente cercanos de Clak´dor, Sullust y Malastare —eso era como decir biths, sullustanos y transplantados gran. Todos llevaban asombrosos respiradores y calzados de grandes dimensiones que les mantenían con vida mientras se sumergían en la gelatinosa sustancia en que se había convertido el mineral por culpa de la lluvia. Todos excepto Bruit, que calzaba botas de deporte que le llegaban hasta el muslo en su esfuerzo por mantenerse limpio.

“No hay duda sobre esto, jefe” dijo uno de los sullustanos de límpidos ojos, después de llevar a cabo una serie de tests en uno de los droides guía de la serie R. “Quienquiera que se haya abierto camino para sabotear a este pequeño es el mismo que desconectó las cintas transportadoras el mes pasado. Apostaría mi sueldo.”

“No te molestes” dijo Bruit. “Solamente has comprobado lo que todos nosotros también sabíamos.” dio una furiosa sacudida a su cabeza. “Quiero que las zonas de despegue estén fuera de servicio hasta que tengamos nuevas noticias —queda prohibido acceder a ella a todo el mundo— Después quiero que cada miembro de los equipos de preparación y mantenimiento pasen por el interrogatorio.”

“¿Y qué pasa con el mineral, jefe?” preguntó uno de los biths.

“Nosotros traeremos personal temporalmente, incluso si tenemos que ir a Fondor a abastecernos de los equipos que necesitamos. Una vez estemos listos y operativos, tendremos que doblar el número de salidas de lanzaderas.

Como al doblar los vuelos, aumentarían los gastos, todos se quejaron.

“¿Qué va a decir el presidente de esto?” preguntó el sullustano.

Bruit echó un vistazo en dirección a la sede. Arrant ya sabía que los droides guía habían sido localizados, y estaba esperando el informe de Bruit en su oficina.

“Te lo contaré cuando vuelva” dijo Bruit.

Se puso en camino hacia el deslizador que había dejado en el puesto de control, pero no había avanzado ni diez metros cuando su bota izquierda quedó atrapada sin esperanza en los lodosos escombros. La agarró por su parte superior, esperando que pudiera simplemente liberarse de ella al tirar, pero perdió el equilibrio y se cayó de un lado, hundiéndose hasta la altura del hombro derecho. Mantuvo aquella indigna postura por algunos momentos, mientras fantaseaba con lo maravilloso que podría ser vivir en Coruscant.

“Estamos de acuerdo en que se están complicando las cosas” dijo Arrant cuando Bruit entró en la oficina, cubierto de barro y con un pie descalzo. “También estoy de acuerdo sobre lo de InterGaláctico. Los droides guía muestran exactamente lo que esperábamos encontrar.”

Una desalentadora expresión afectó al elegante rostro de Arrant. “Esto ha ido demasiado lejos” dijo tras un momento. “Bruit, sabes que soy un hombre paciente, y básicamente pacífico. He tolerado estos actos de vandalismo y sabotaje, pero he alcanzado mi límite. La pérdida de aquellas dos lanzaderas... Mira. Ingeniería Corelliana acaba de tratar con InterGaláctico por un envío que nosotros no podíamos proporcionar —sin duda, InterGaláctico se anticipó a lo que ocurriría.

“No ocurrirá de nuevo” se interpuso Bruit. “He puesto fuera de servicio a las zonas de despegue y estoy trayendo a equipos de sustitución.”

“Tienes un día” dijo Arrant.

Bruit le miró boquiabierto.

“Eriadu ha transmitido pedidos de gran importancia para nosotros e InterGaláctico” explicó Arranz. “Esperamos entregarlos a finales de esta semana, lo que nos da el tiempo justo para salir con las fragatas cargadas y saltar al hiperespacio. Esto es

un contrato de todo o nada, Bruit, y Eriadu va a recompensar a cualquiera de nosotros que pueda hacer la entrega a tiempo y sin incidentes. LL necesita llegar allí la primera, ¿lo entiendes?"

Bruit asintió. "Tendremos las lanzaderas listas y operativas en un día."

"Esto es sólo el comienzo" dijo Arrant detenidamente. "El hecho de que no vas a erradicar a los saboteadores para entonces es una apuesta segura, así que en vez de eso quiero que hagas lo que sea para responder ante las acciones de InterGaláctico" esperó a que Bruit comprendiera su propósito. "Quiero darles fuerte, Bruit. Pero no quiero que lo hagamos directamente."

Bruit lo consideró. "Supongo que podríamos contratar a una organización criminal. Sol Negro, quizá."

Arrant agitó las manos en un gesto de rechazo. "Esa es tú área de conocimiento. Cuanto menos sepa yo, mejor. Lo único que no quiero es que estemos en una situación en la que podamos ser chantajeados después."

"Entonces será mejor que nos desentendamos usando mercenarios."

"Haz lo que necesites hacer –y no importa lo que cueste."

Bruit tomó aliento. "Tengo el presentimiento de que Dorvalla no va a ser lo mismo a partir de ahora."



Vestido con un flexible y ligero traje y una capa negra, con su capucha firme ante la abundante lluvia, Darth Maul andaba a zancadas, bajando por la calle principal del pueblo que Lommite Sociedad Limitada había establecido en mitad de lo que había sido una vez un bosque tropical sin trazado. Bajo la capa, llevaba su espada de luz de doble filo colgando de su cinturón, de fácil alcance en caso de que la necesitara. La gravedad de Dorvalla era ligeramente menor a la que estaba acostumbrado, así que se movía con cierta elegancia.

El pueblo era una cuadrícula de calles de permacreto, un laberinto de cúpulas prefabricadas y tambaleantes estructuras de madera, muchas de ellas carentes de transpariacero en sus ventanas. Se oía música procedente de las entradas a cantinas y comedores, y folklore de todo tipo deambulaba bajo los pasos elevados. Daba la sensación de que se trataba de un pueblo fronterizo de los sistemas estelares periféricos, con las rutinarias mezclas de alienígenas, humanoides y droides de generaciones pasadas; la esterilidad y la contaminación; los vehículos de elevación por repulsión operando junto a bestias de carga de cuatro y seis patas.

Los residentes, los que, de una forma u otra, trabajaban directamente para Lommite Sociedad Limitada, o los que estaban allí para estafar a aquellos que lo hacían, reflejaban la misma mezcla entre la autonomía frente a las leyes que regulaban la vida en los mundos del Núcleo y la esclavitud al trabajo y la pobreza eternos.

Al contrario que en Coruscant, donde los seres se apresuraban con determinación, aquí reinaba una atmósfera de sin sentido, de vida desgana, como si los lamentables seres que habían nacido aquí, o que habían venido por alguna razón, se hubieran resignado a las profundidades. Como si fueran los ramales inferiores de Coruscant, donde no había leyes, parecían dejarse llevar por los designios de la vida, más que dominarla y encauzarla hacia sus propios propósitos.

La revelación dejó tan fascinado a Maul que le llegó a desanimar. Decidió que necesitaba mirar con determinación más allá de las apariencias.

El aire era espeso debido al calor y a la humedad, y los zumbidos y gorjeos del bosque colindante sonaban al límite de su audición. Pudo sentir la interacción de la vida allí, las peleas y los vuelos, y los forcejeos en curso por la supervivencia. Y el bosque había impartido algo de sí mismo al pueblo. Aquí los seres vivos no necesitaban echar mano de la caza o la matanza para obtener el sustento que requerían. Una apariencia de legislación regulaba tales cosas, pero bajo esa apariencia se escondía una base moral mayor que permitía a los delincuentes establecer sus asuntos sin temer la intrusión de los guardianes de la paz, los jueces, o peor aún, los Caballeros Jedi.

La vida era fácil.

Maul extendió su mano derecha y atrapó al vuelo a un insecto del tamaño de su puño.

Aturdido, revoloteó en su palma, quizás preguntándose a algún nivel primitivo sobre lo que acababa de hacer o sobre el método empleado por el depredador para capturarlo. La criatura de seis patas se retorció y su par de antenas se movieron nerviosamente. Las manchas idénticas de sus ojos y su caparazón corporal brillaron con una débil bioluminiscencia verdosa.

Darth Maul estudió al insecto, después le soltó para que se reuniera con la multitud que zumbaba sobre el pueblo.

Su Maestro le había mostrado muchos lugares, pero siempre bajo su escolta, y ahora, de repente, estaba solo, un extraño en un mundo extraño. Se preguntó si podría haber encontrado su lugar en un sitio como Dorvalla si no hubiera existido Darth Sidious, y lo que la vida le hubiera proporcionado. Había sido educado para creer que era alguien extraordinario y que tenía que aceptarlo. Pero de vez en cuando dudaba sobre si debía cambiar de rumbo siguiendo su propia voluntad, y así dejaría de preguntárselo.

Dejó a un lado su intrusión mental y volvió rápidamente a su paso.

Su entrenamiento Sith le permitía descubrir la debilidad en el carácter o la constitución de cada uno de los variados seres con los que se cruzaba. Llamó a sus instintos del Lado Oscuro para que le guiaran hacia la mejor manera de llevar a cabo su misión.



Maul hizo una parada ante la entrada de una ruidosa cantina. Era la clase de lugar donde todo el que entrara no sería evaluado por la clientela, así que se movió rápidamente – un borrón para la mayoría; para otros, sólo era otro trabajador refugiándose de la lluvia. Se deslizó sobre un taburete del bar, manteniendo su capucha elevada y su cara de perfil cuando la camarera humana se acercó.

“¿Qué puedo hacer por ti, extranjero?”

“Agua pura” gruñó Maul.

“¿Gran derrochador, eh?”

Maul hizo un negligente movimiento con sus dedos. “Traerás mi agua y me dejarás solo.”

La musculosa y tatuada mujer pestañeó dos veces. “Te traeré tu agua y te dejaré solo.”

Maul expandió su visión periférica para captar la existencia de dos habitaciones colindantes. Hizo uso del espejo que había detrás del bar para ver lo que sus ojos no podían, y llamó al Lado Oscuro para hacer el resto.

La cantina tenía un aire de abandono benigno, un olor a líquidos embriagadores y comida grasienta. La iluminación era deliberadamente baja. Los insectos voladores de varios tamaños circulaban alrededor de los focos, y niños de varias especies entraban y salían corriendo. Hombres y mujeres fraternizaban abiertamente con frivolidad o

desenfreno. La música la proporcionaba una harapienta banda de biths y gordos ortolanos. A lo largo de la barra, weequays conversaban con ugnoughts, twi´leks y gands. Maul era el único iridoniano del lugar, pero no el único representante de una especie.

Si algunos de los residentes con los que se había topado en la calle fueran los cazadores, los gatos manka, aquí eran las presas quienes se alimentaban de gatos – aquellos que se daban a la bebida, los juegos de azar y otros vicios. Era la total ausencia de disciplina lo que le ponía enfermo. La disciplina era la llave del poder. La disciplina imperturbable era lo que le había forjado en un maestro espadachín y guerrero. La disciplina era lo que le capacitaba para desafiar a la gravedad y ralentizar las intrusiones de entradas sensoriales, por lo que podía moverse entre los rastreos.

Maul agudizó sus facultades, extendiendo el rango de su audición para controlar las conversaciones cercanas. Muchas eran tan prosaicas como se esperaba que fueran, por lo que se sumergió entre el cotilleo, los coqueteos, las insignificantes reclamaciones y los planes de futuro que nunca se llevarían a cabo.

Entonces oyó la palabra sabotaje y sus oídos se agudizaron. El cliente que lo había dicho era un humano corpulento, sentado a la derecha de Maul, en un locutorio en la pared del fondo de la cantina. Otro humano alto y de complexión oscura estaba sentado frente a él. Ambos hombres vestían ligeros monos grises, el estándar de los empleados de Lommite Sociedad Limitada, pero la carencia de polvo de lommite en sus cabellos o en sus ropas dejaba claro que no eran mineros.

Un tercer hombre, de anchas espaldas y apariencia robusta, se acercó mientras Maul permanecía vigilando con el rabillo del ojo. Maul tomó un sorbo de agua y se giró ligeramente en la dirección al locutorio.

“Me figuraba que os encontraría aquí a los dos” dijo el recién llegado.

El alto sonrió e hizo un hueco en el acolchado asiento. “Entra en nuestra oficina y te invitaremos a una copa.”

El tercer hombre se sentó, pero rechazó la oferta con la cabeza. “Quizá más tarde.”

Los otros dos socios le miraron con sorpresa. Maul leyó los movimientos labiales del más alto. “Si no está bebiendo es que algo serio ha ocurrido.” El tercer hombre asintió. “El jefe ha hecho un llamamiento especial. Nos quiere en su oficina en media hora.”

“¿Tienes idea de para qué?” dijo el alto.

“Tiene que ser por lo del accidente de la lanzadera” el que estaba en frente se lo figuraba. “Bruit probablemente tiene una lista de sospechosos.”

Maul reconoció el nombre. Bruit era el jefe de las operaciones de campo de Lommite Sociedad Limitada. Los tres individuos probablemente eran personal de seguridad.

“Como si hubiera alguna pregunta acerca de los culpables” estaba diciendo el alto.

“Peor que eso” dijo el tercer hombre, bajando la voz hasta tal punto que Maul tuvo que estirarse para oírle. “Arrant ha hecho especial hincapié en cómo vamos a responder.”

El alto se acomodó en la mesa que dividía el locutorio. “Bien, es la hora.”

“Pediré otra ronda” dijo su compañero.

Maul continuaba escuchando, pero sus ojos ya no se fijaban tanto en los hombres sino sobre algo que había vislumbrado en la pared, encima del locutorio. Parecía el insecto bioluminiscente que había capturado poco antes. Este, sin embargo, no estaba moviéndose por la superficie de la pared. Maul descubrió la razón en cuanto le sondeó con la Fuerza. No sólo era una fabricación, sino también un dispositivo de escucha.

Maul rastreó la habitación, después encaró al espejo. El dispositivo no era muy sofisticado; su gran tamaño evidenciaba lo que era. Aún así, eso no significaba que los que estuvieran espiando a los guardas de seguridad tuvieran que estar dentro

de la cantina. Pero Maul sospechó que estaban allí. Sin mirarlo, dirigió su atención al insecto artificial y rechazó todos los sonidos extraños –la emotiva música, las docenas de conversaciones aisladas, los ruidos de los vasos al golpearse o los sorbos de los borrachos. Una vez que pudo discernir los sordos pitidos del transmisor del aparato, escuchó señales del receptor con el que estaba comunicándose.

En una mesa redonda situada en una sala contigua se sentaba un rodiano y dos twi'leks, que aparentemente se dedicaban a jugar a las cartas –sabacc, con toda seguridad. Maul les observó por un instante. Su juego era desganado. Se fijó en sus gestos mientras los agentes de seguridad continuaban la conversación. Cada vez que uno de los hombres decía algo de interés, los saltones ojos del rodiano brillaban y su estrecha nariz se rizaba a un lado. Al mismo tiempo, las colas craneales de las twi'leks se movían con nerviosismo y sus pálidos rostros se ruborizaban muy ligeramente.

La oreja izquierda del rodiano contenía un receptor, mientras que los que llevaban las twi'leks tenían forma de parches dérmicos, disimulados para que parecieran tatuajes de lekku. Maul estaba convencido de que el trío formaba parte de los empleados secretos del único competidor mundial de Lommite Sociedad Limitada, Mineral InterGaláctico. Reconoció al rodiano de haberle visto en el disco que Sidious le había entregado. Era posible que fueran los saboteadores en persona. Sus ojos volvieron a clavarse en el dispositivo de escucha y en los guardas de seguridad. Criaturas de hábito, probablemente ocupaban el mismo locutorio noche tras noche, completamente inconscientes de que sus conversaciones estaban siendo controladas. Tal despreocupación exasperaba a Maul hasta alcanzar el punto de la furia. Los hombres eran merecedores de cualquier mal con el que seguramente se encontrarían.

Los tres agentes dejaron la cantina a pie y se dirigieron hacia un sendero que zigzagueaba a través de una densa zona boscosa. Maul les siguió a una distancia discreta, ocultándose entre las sombras producidas por la ascendiente luna llena de Dorvalla, de color blanco plateado.

Finalmente el camino llegó a una apretada comunidad de pobres casas, muchas de las cuales estaban elevadas con maderos para evitar los riachuelos producidos por la lluvia. La humedad era agobiante.

La chabola a la que se dirigía el trío era un cubo elevado con un techo metálico angulado para canalizar la lluvia hacia una cisterna de ferrocemento. La única puerta del habitáculo sólo era accesible mediante lo que parecía ser una escalera de mano. Un oxidado deslizador con el parabrisas roto estaba aparcado en frente, sobre un charco de barro.

Maul permaneció entre los árboles mientras un humano de constitución obesa respondió a los golpes que el agente alto dio al marco de la puerta.

“Pasad” dijo el hombre. “Todos los demás ya están aquí.”

Bruit. Darth Maul esperó a que los tres agentes entraran, después corrió entre las sombras y se plantó bajo una ventana abierta. No contento con su elección, se agachó y gateó bajo la casa hasta uno de los maderos para elevarse entre las vigas del suelo de la habitación frontal. Encima de él, alguien estaba sirviendo líquido en varios vasos.

Maul extrajo un dispositivo de grabación diminuto del bolsillo pectoral de su traje y lo colocó contra los toscos tableros que componían el suelo.

“Ahí está lo bueno y lo malo de esto” dijo Bruit mientras se llenaban los vasos. “Arrant ha decidido que necesitamos nivelar el campo de juego. Vamos a atacar a InterGaláctico en Eriadu. Nuestras naves llegarán al planeta, las suyas no.”

Alguien silbó de asombro.

“¿Habrá pensado el jefe en lo que está desatando?” preguntó, quizá, el mismo hombre. “Esto va a conducir a una guerra.”

“Os diré lo que me ha dicho Arrant” dijo Bruit. “Ya ha estado antes en las trincheras. Estas son sus palabras, y este es su espectáculo.”

"Su espectáculo y nuestro sustento" señaló uno. "Tiene que haber una mejor manera de resolver esto. ¿Qué hay de la petición al Senado para que intervenga?"

"Una cura que puede ser peor que la enfermedad" respondió otro, para diversión de Maul. "El Senado deferirá en comités movidos por burócratas corruptos. Nos llevará meses llegar a los tribunales."

"Nada de Senado ni tribunales" dijo Bruit. "Eso ya ha sido decidido. Es cuestión nuestra."

"¿Y qué ocurre en Eriadu?"

"Hemos sido capaces de descubrir la ruta hiperespacial que las naves de InterGaláctico van a tomar. Llegarán vía Rimma 13, y han programado salir del hiperespacio a las 1400 horas, hora local de Eriadu. Los amigos que estamos contratando para ejecutar el ataque serán capaces de calcular las coordenadas de reentrada precisas."

"¿A quién estamos contratando?"

"Al clan Toom".

Expresiones de consternación volaron por todas las esquinas.

"Salvajes" dijo alguien.

"Exacto" dijo Bruit. "Pero necesitamos un equipo que lo logre, y la buena voluntad de Arrant gastará los créditos necesarios. Usándolos, nadie sospechará de nosotros, y a Arrant no le preocupa, puesto que no quiere saber nada más que lo necesita. Quiere mantener sus manos limpias mientras yo hago las conexiones. Además, los Toom saben lo que significa hacer un trabajo."

"Y no tienen escrúpulos con los que poner trabas."

"¿Han aceptado los términos?"

"En el primer contacto" dijo Bruit. "Aunque tengo que decir que a veces desearía poder ver tanto a Lommite como a InterGaláctico hundidas, de modo que alguien con una previsión realista pudiera construir una organización mejor desde la escoria."

Varios vasos brindaron juntos.

"¿Así que cuál es nuestra parte en esto, jefe, si el trato ya ha sido acordado?"

Bruit resopló. "Necesitamos prepararnos para el contraataque de InterGaláctico."

Maul despegó la grabadora de los tablones del suelo y se dejó caer sobre la pegajosa tierra de debajo de la casa. Permaneció quieto por un largo momento, agachado en la oscuridad, escuchando los sonidos de carcajadas distantes y los ruidos de la intensa vida insectil. Entonces se acordó de Coruscant, y de la pregunta que su Maestro le había hecho considerar sobre su espada de luz de doble hoja.

Me hacía sentir capaz de atacar con ambos extremos, había respondido Maul. Tras darle el visto bueno, su Maestro le había dicho que debía llevar eso en la mente cuando fuera a Dorvalla.

Maul alzó su capa y soltó el largo cilindro de su cinturón. Una vez termine de usar un filo, tomaré el otro, se dijo a sí mismo. Ambos, para conseguir un mismo propósito.

Maul esperó hasta que la luna estuviera baja antes de dirigirse hacia la sede de Lommite Sociedad Limitada, en la base del escarpado. Los incidentes de sabotaje habían causado que el complejo de edificios estuviera en estado de alerta. Centinelas armados patrullaban, algunos acompañados por bestias atadas con correas, y potentes focos trazaban círculos de brillante luminosidad sobre los espaciosos terrenos. Una valla electrificada de cinco metros de altura configurada para aturdir lo abarcaba todo.

Maul empleó una hora en estudiar los movimientos de los centinelas, los barridos periódicos de los focos, la extensa valla y los láseres detectores de movimiento que

cuadriculaban el amplio césped de más allá. Estaba seguro de que las cámaras infrarrojas estaban filmando los terrenos, pero había un poco de espacio en el que podía actuar sin dejar evidencia de su infiltración. Un droide sonda habría sido capaz de decirle todo lo que necesitaba conocer, pero no había tiempo y quería hacer aquello personalmente. Para probar la posibilidad de que los detectores de presión hubieran sido instalados en el terreno, usó la Fuerza para impulsar rocas sobre la verja. Cuando golpearon lugares específicos del césped, esperó alguna respuesta, pero los guardias estacionados en los arcos de la entrada simplemente continuaron con sus tareas.

Cuando estuvo satisfecho de haber comprobado de memoria los resultados de su reconocimiento, se deshizo de su capa y saltó por encima de la valla, aterrizando con precisión donde había arrojado algunas piedras. Entonces fue saltando hacia una serie de otros sitios que finalmente le llevaron hasta el muro del edificio principal, moviéndose durante todo ese tiempo a tal velocidad que las holograbaciones no le mostraban a menos que fueran reproducidas a cámara lenta.

Alcanzó una de las puertas y la encontró cerrada, así que empezó a trabajar alrededor del edificio, probando otras puertas y ventanas. Todas ellas estaban aseguradas de forma similar.

Comprobó el tejado plano en busca de detectores de movimiento o presión como había hecho con el césped. Saltando hasta alcanzarle, se encontró frente a una extensión llena de paneles solares, claraboyas y conductos de refrigeración. Se movió hacia la claraboya más cercana y encendió su espada de luz. Estaba preparado para clavar la luminosa hoja a través del panel de transpíacero cuando se detuvo, y observó atentamente el panel. Había cadenas de monofilamento incrustadas en el transpíacero, de modo que si se rompían, se dispararía la alarma.

Desactivó entonces la hoja, reenganchó la espada y se sentó a pensar. Era improbable que el ordenador central de Lommite Sociedad Limitada fuera una máquina aislada. Tendría que ser accesible desde localizaciones exteriores. Bruit dispondría de acceso remoto. Maul se regañó por no haber reconocido este hecho con anterioridad. Pero no era demasiado tarde para rectificar su descuido.



Maul volvió al edificio de Bruit poco antes del amanecer. Al contrario que el complejo de la sede, la casa elevada no tenía seguridad. El jefe de las operaciones de campo ni tenía enemigos ni le preocupaba tenerlos, de una forma u otra. Quizás Bruit se resignaba al destino, pensó Maul. En cualquier caso, apenas le importaba.

Dio una vuelta alrededor de la casa, deteniéndose ocasionalmente en los alféizares de las ventanas para observar el interior. En una habitación trasera, Bruit estaba tumbado boca arriba en una cama cubierta a medias por una tela que impedía que los insectos nocturnos se dieran un festín con su sangre. Estaba completamente vestido y totalmente borracho, y roncaba levemente. Había una botella de brandy medio vacía en una de las mesitas de la cama.

Maul apretó los dientes. Más despreocupación, más carencia de disciplina. No podía evocar compasión alguna para aquel hombre. Los débiles necesitaban ser escardados. Maul se abrió paso a través de la puerta sin cierre y observó la sala. Bruit era un hombre de pocos bienes mundanos, y no era particularmente ordenado. Sus aposentos eran tan caóticos como aparentaba ser su vida. El espacio confinado olía a comida podrida, y el polvo de lommite cubría toda superficie horizontal. El grifo del fregadero, que goteaba, podía haber sido reparado fácilmente. Las arañas habían tejido redes perfectas en las cuatro esquinas de la habitación.

Maul buscó el ordenador personal de Bruit y le localizó en el dormitorio. Era un dispositivo portátil, no mucho más largo que una mano humana. Se acercó a la máquina y la activó. La pantalla cobró vida y se presentó un menú. Sólo le llevó unos instantes hallar lo que buscaba en la computadora central de Lommite Sociedad Limitada, pero, por segunda vez en aquella noche, se encontró bloqueado.

El ordenador estaba exigiendo ver las huellas dactilares de Bruit. Maul podía haber sido capaz de manipular el interior del ordenador central, pero no sin dejar un rastro fácil de seguir. Lo que se hace en secreto tiene un gran poder, le había dicho su Maestro.

Maul miró fijamente a Bruit. Con un leve movimiento de su mano izquierda, provocó que el hombre rodara sobre su espalda. Liberado de algún molesto sueño, un prolongado gruñido escapó del humano. Maul gesticuló el brazo derecho de Bruit para que se elevara y dobló su muñeca, con la palma de su mano hacia fuera. Entonces llevó con sigilo el ordenador hacia la mano de Bruit, facilitando que la pantalla entrara en contacto con los extendidos dedos. Cuando la máquina había concluido el reconocimiento, Maul dejó caer el brazo de Bruit y le volvió a girar sobre su espalda para colocarle como estaba.

A la vez que Maul dejaba atrás la cama, los directorios de la base de datos estaban desplazándose por la pantalla. Maul localizó los ficheros relacionados con la inminente entrega en Eriadu y los abrió.



En la cantina se estaba celebrando una enérgica comida de negocios cuando Darth Maul entró sigilosamente y tomó asiento en una mesa situada en una de las esquinas de la sala más pequeña. Fuera, un oscuro chaparrón estaba inundando el pueblo. Mantuvo la chorreante capucha de su capa elevada, y observó a la multitud, ignorando las miradas de escasos segundos que recibía.

Dos de los guardas de seguridad de Lommite Sociedad Limitada ocupaban su locutorio habitual, alimentando sus rostros con comidas grasientas y hablando con la boca llena. No muy lejos de donde se sentaba Maul, el rodiano y las dos twi'leks que había identificado la tarde anterior a los agentes de Mineral InterGaláctico, se reunían alrededor de la mesa de cartas. Poco después, una humana de pelo oscuro se unió a ellos, poniendo un montón de créditos de la compañía sobre la mesa y entrando a participar en la partida de sabacc que se jugaba en ese momento. Maul reconoció la pieza de joyería barata que adornaba la oreja izquierda de la mujer: un receptor.

Esperó al momento de actuar hasta que los cuatro estuvieron ocupados controlando la conversación de los agentes de seguridad. Entonces, con un ligero movimiento de su mano, proyectó la Fuerza hacia el dispositivo de escucha para despegarlo de la pared sobre el locutorio, hacerlo flotar a la velocidad del rayo hacia la pequeña sala y posarlo en el centro de la mesa de cartas.

El rodiano se movió en su asiento, inquieto, claramente contrariado al reconocer a su insecto artificial. "Un nuevo jugador se une a la partida."

Una de las twi'leks elevó su mano abierta a la altura del hombro. "No por mucho tiempo."

Los largos dedos de la twi'lek estaban a medio camino de aplastar al dispositivo cuando la humana sujetó su muñeca y logró detener el golpe descendente.

"Quieta" susurró con rapidez. "Escuché tu voz."

"Eso es porque dije algo" dijo la twi'lek.

"En mi auricular" dijo la mujer, gesticulando con discreción. "Y ahora estoy oyendo mi voz."

"Estoy oyendo tu voz" dijo el rodiano, confuso.

"Qué demonios..."

La twi´lek permitió que su voz se apagara, y los cuatro agentes se sentaron de nuevo en sus rígidas sillas de madera, mirando fijamente y con asombro el aparato de escucha.

"Es nuestro" dijo finalmente la mujer.

El rodiano la ojeó. "¿Qué está haciendo aquí?"

Maul llamó a la Fuerza para mover al insecto.

"Está escondiéndose por aquí, eso es lo que está haciendo" dijo una de las twi´lek, con cierta angustia. Miró por encima de su hombro a los preocupados guardas de seguridad, después a sus camaradas.

Maul activó el control remoto que había sintonizado a la frecuencia del transmisor del insecto.

"Esto debe ser obra del clan Toom" el insecto envió este mensaje a los auriculares y los parches dérmicos de audio que llevaban puesto los conspiradores. Todos ellos se intercambiaron miradas con los ojos muy abiertos.

"Ahí está lo bueno y lo malo de esto. Arrant ha decidido iniciar una ofensiva contra las naves de Mineral InterGaláctico. Sin realizar solicitud alguna al Senado. Está a punto de desatar una guerra, lo que también ha sido decidido ya.

Absorta en lo que estaba oyendo, la mujer usó su dedo índice para inclinar el auricular y así conseguir una recepción más clara.

"El clan Toom tiene una forma de solucionar esto –una cura para la enfermedad. InterGaláctico puede nivelar el campo de juego empleándonos para atacar en Eriadu. Nosotros del clan Toom deseamos ver caer a LL. Alguien con visión realista podría construir una organización mejor desde la escoria."

"Hemos sido capaces de descubrir la ruta hiperespacial que las naves de InterGaláctico van a tomar para ir a Eriadu, así como las coordenadas precisas de su reentrada. Llegarán vía Rimma 18, y han programado salir del hiperespacio a las 1300 horas, hora local de Eriadu."

"Hemos estado en las trincheras. Es nuestro sustento. Podemos intervenir y ejecutar la ofensiva. Los Toom saben lo que significa hacer un trabajo. Nadie sospechará de nosotros. No tenemos escrúpulos sobre lo que ocurrirá."

"Para formar un equipo que logre esto, estamos dispuestos a gastar los créditos que sean necesarios."

Maul había empleado toda la mañana en modificar la grabación que había hecho durante la reunión celebrada en el habitáculo de Bruit, y cambió las frases para que sonaran como si hubieran sido pronunciadas por un único individuo. El resultado parecía estar causando el efecto deseado. Los cuatro agentes continuaban mirando fijamente al insecto que ellos mismos habían instalado. La boca de la mujer estaba ligeramente entreabierta, y las colas craneales de las twi´leks se movían con nerviosismo.

Maul se dio por satisfecho cuando oyó al rodiano decir: "Esto tiene que ir directamente al mando -y cuanto antes."



El clan Toom tenía un lema: "Páganos lo suficiente y haremos que los planetas colisionen."

Habían empezado a trabajar como legítimos operarios de rescate y salvamento, usando una potente nave, llamada Interventor, para recuperar vehículos perdidos en el hiperespacio. Imitando los efectos de un agujero negro, el Interventor tenía la capacidad de tirar de las naves en peligro hacia el espacio real. Aunque las recompensas por tales trabajos eran sustanciales, nunca lo eran lo suficiente como para satisfacer los deseos del clan, y con el transcurso de varios años, el grupo había iniciado una segunda carrera como piratas, empleando su Interventor contra naves de pasajeros y de suministros, o alquilando sus servicios a organizaciones criminales para interceptar cargamentos de especia y otros bienes ilegales.

Sin embargo, al contrario que los hutts y Sol Negro, que normalmente cumplían con honor los términos de cualquier acuerdo, el clan Toom únicamente estaba motivado por el beneficio. Como llevaban un negocio pequeño, no podían permitirse el lujo de rechazar trabajos por faltar el respeto a alguna vaga ética criminal –una postura que les había convertido en proscritos incluso entre los de su propia clase.

Con sede en una base subterránea en las profundidades de los baldíos inhabitados del norte de Dorvalla, el clan recibía pagos de rutina tanto de Lommite Sociedad Limitada como de Mineral InterGaláctico, con los que acordaban la seguridad de sus lanzaderas y fragatas. Los Toom usaban mucho los fondos para sobornar a los comandantes de los cuerpos voluntarios espaciales para afianzar la seguridad del propio clan –conviniendo que el clan se abstendría de operar dentro del sector Videnda.

Debido a que Eriadu estaba fuera del sector –y a pesar del hecho de que ya estaban recibiendo pagos por parte de InterGaláctico- el clan había aceptado la generosa oferta de créditos republicanos de Lommite Sociedad Limitada para llevar a cabo un poco de trabajo de sabotaje. InterGaláctico simplemente tendría que entender que la naturaleza de su acuerdo con el clan Toom había cambiado. El contrato con LL, aunque era más importante, no impedía la posibilidad de que el clan firmara un contrato similar con InterGaláctico –como seguramente podría darse el caso después de la operación de Eriadu. En efecto, el clan tenía toda la intención de contactar con InterGaláctico para insinuarle. Ninguno de los miembros del clan se esperaba que InterGaláctico contactara con ellos antes de Eriadu.

Un weequay de cara curtida llamado Nort Toom aceptó la holotransmisión por parte de Caba´Zan, jefe de seguridad de Mineral InterGaláctico. El clan estaba fundamentalmente constituido por weequays y niktos humanoides, que se encontraban muy alejados de sus hogares natales, pero en la mezcla también eran numerosos los aqualish, abyssinos, barabeles y gamorreanos.

“Quiero discutir la oferta más reciente que acordamos” empezó a hablar la holopresencia de Caba´Zan. Era un falleen casi humano, fornido y de complexión verdosa.

“Nuestra oferta más reciente” dijo detenidamente Nort Toom.

“Sobre la destrucción de las naves de Lommite Sociedad Limitada en Eriadu”.

Los hundidos ojos de Toom se lanzaron entre el holoproector y uno de sus cómplices weequays, que estaba de pie cerca de él. “Oh, esa oferta. Tenemos tantas operaciones en curso que a veces cuesta seguir las pista.”

“Me complace oír que el negocio va bien” dijo con falsedad Caba´Zan.

“Tengo el presentimiento de que va a ir mejor aún.”

El fallen fue directamente al grano. “Estamos dispuestos a pagar cien mil créditos de la República.”

Toom trató de ocultar su euforia. La oferta era dos veces mayor que la que Patch Bruit había pagado. “Tendremos que ir a por los dos cientos mil.”

Caba´Zan sacudió su calva. “Podemos subir hasta ciento cincuenta –si pueden garantizar los resultados.”

"Hecho" dijo Toom. "Cuando veamos que los créditos han sido transferidos, haremos los preparativos necesarios."

Caba Zan parecía dubitativo. "¿Estás seguro de que las coordenadas de reentrada de las naves de LL y la hora de su llegada a Eriadu son correctas?"

"Quizá deberíamos revisar eso una vez más" dijo Toom.

"Dijiste Rimma 18, a las 1300, hora local de Eriadu —a menos que algo haya cambiado."

"Sólo a mejor" dijo Toom en un tono tranquilizador. "Sólo a mejor."

"Y harás que parezca un accidente."

"Esa es probablemente la mejor manera de manejarlo, ¿no crees?"

"No queremos que InterGaláctico se vea implicada."

"Te lo aseguramos."

Toom desactivó el holoprojector y se sentó, acomodando sus enormes manos detrás de su cabeza.

"¿Crees que saben que LL nos contrató?" preguntó su cómplice con evidente inseguridad.

"No tengo ni idea."

"InterGaláctico está ofreciendo tres veces más que Lommitte. ¿Vamos a devolver el dinero de Bruit?"

Toom se inclinó hacia delante con determinación. "No veo ninguna razón para hacer eso. Sólo tenemos que asegurarnos de que podemos llevar a cabo ambos contratos" sonrió ampliamente. "Tengo que admitir que este asunto llama la atención de mi sentido del juego injusto."

"Quieres decir que..."

"Exacto. Sabotaremos las naves de todos."



Eriadu fue un prometedor mundo de los sistemas estelares periféricos. Situado cerca de la intersección de la Ruta Comercial Rimma y la Vía Hydiana, Eriadu demostró una devoción feroz hacia la industria, en espera de lograr su objetivo de convertirse en el planeta más importante del sector. Para ese fin, Eriadu había desarrollado incluso una pequeña empresa de construcción de naves, propiedad y operada por primos lejanos del Canciller Supremo Valorum, quien presidía el Senado Galáctico en Coruscant. Las instalaciones orbitales de Eriadu eran inaceptables en comparación con otras similares de Corellia y Kuat, pero entre los astilleros pequeños, los de Eriadu eran los segundos, sólo superados por los de Sluis Van, aún más alejado del Borde Exterior y de las principales rutas comerciales.

El teniente gobernador de Eriadu había hecho mucho por facilitar la asociación en ciernes entre Eriadu y Dorvalla, enfatizando la inconsciencia de la importancia del lommitte que Eriadu recibía desde el Borde Interior cuando Dorvalla era prácticamente un vecino celestial. Las cantidades de mineral requeridas por Manufacturas Eriadu y Transportes Valorum eran tales que ni LL ni InterGaláctico podrían haber cumplido los pedidos por sí mismas, pero el Teniente Gobernador Tarkin no vio el dilema que suponía eso. Insistió en que él no había configurado las cosas como si de un concurso se tratara, pero era innegable que lo era. Tarkin incluso fue grabado cuando dijo que la compañía que obtuviera el lucrativo contrato probablemente sería capaz de efectuar la adquisición de la perdedora.

Tarkin había organizado una ceremonia en uno de los habitantes orbitales de Eriadu para apoyar al socio potencial, que reunió a todas las personalidades principales: Jurnel Arrant y su homólogo de Mineral InterGaláctico, los ejecutivos de Manufacturas Eriadu y Transportes Valorum, una abundante cantidad de comerciales que trataban de ganarse a los nuevos compañeros, y, por supuesto, el propio Tarkin, representando los intereses políticos de Eriadu.

Vistiendo lo mejor en togas y túnicas, todos se lucían en el lujoso piso de la instalación orbital, esperando la llegada de las fragatas de mineral que LL e InterGaláctico habían enviado. Las pequeñas flotas estaban programadas para llegar dentro de, más o menos, una hora, según el horario local.

"Estoy convencido de que este será un prometedor día para todos nosotros" comentaba el teniente gobernador a Arrant y al dirigente de Manufacturas Eriadu. Tarkin era un hombre delgado, con una mente veloz y un temperamento aún más rápido. Permanecía de pie tan rígidamente como un comandante militar, y sus ojos azules no daban cabida al humor o la empatía.

"Dime, Arrant," dijo el presidente de la manufactoría "¿tienes previsto que Lommitte Sociedad Limitada pueda llegar a suministrar suficiente mineral para cumplir las demandas que nosotros estamos planeando para un futuro próximo?"

"Por supuesto" respondió Arrant con seguridad. "Simplemente es cuestión de expandir nuestras operaciones" se giró e introdujo a Patch Bruit en la conversación. "Bruit, aquí presente, es nuestro supervisor de campo, entre otras cosas. Acaba de notificarme un hallazgo de gran riqueza, a unos pocos cientos de kilómetros de nuestra actual sede."

Bruit asintió. "Nuestros equipos de inspección..." empezó a decir, cuando uno de los agentes de seguridad de LL le interrumpió.

"Jefe, siento interrumpir, pero necesitamos hablar en privado."

Arrant miró a Bruit con preocupación mientras se alejaba.

"¿Qué es lo que pasa?" exigió Bruit cuando el guarda de seguridad y él estuvieron fuera del alcance de los oídos.

"Algo ha tirado de las fragatas cuando acababan de salir del hiperespacio, cerca de las coordenadas de reentrada. No sabemos la causa. Podría tratarse de un problema con los generadores de hiperimpulso, o quizá un agujero negro no cartografiado."

Bruit oyó a la gente gritar detrás de él. Cuando se giró, la atención de todo el mundo estaba puesta en las gigantescas pantallas que mostraban panorámicas de los astilleros orbitales. A alguna distancia de tales astilleros, y fuera de curso, varias sencillas fragatas espaciales estaban volviendo al espacio real.

"Bruit, ¿son esas nuestras naves?" preguntó Arrant con creciente preocupación.

"Sí, pero tiene que haber una razón para que lleguen tan pronto."

"Esto es del todo inesperado" remarcó Tarkin. "Muy inesperado."

La elegante multitud se alborotó de nuevo. Bruit se quedó como en estado de shock cuando vio que un segundo grupo de naves empezaba a emerger del hiperespacio.

"InterGaláctico" dijo su hombre de seguridad, incrédulo.

"¡Van a colisionar!" dijo alguien.

"¡Bruit!" gritó Arrant mientras su cara perdía color. "¡Haz algo!"

Lo que hizo Bruit fue apartar la mirada.

Los gritos y llores, los gruñidos y sollozos, y los fogonazos de una luz explosiva que recorrieron el pulido suelo de la cubierta del hábitat, le comunicaron todo lo que necesitaba saber. Las naves de LL e InterGaláctico habían sido manipuladas para que provocaran colisiones masivas. Sin mirar, Bruit pudo ver al lommitte fluyendo

en fracturados cascotes, tiñendo el espacio local con un color tan blanco como la furia derretida que hervía tras sus tensos párpados cerrados.

"El clan Toom" ladró al guarda de seguridad. "Ellos nos han engañado." Alguien tropezó con Bruit por detrás. Era Jurnal Arrant, que se estaba alejando de las pantallas, paralizado por el miedo.

"Estamos arruinados" dijo entre dientes "Arruinados".

Bruit despejó su cabeza con una sacudida y puso sus manos sobre los hombros del guarda. "Envía un mensaje a Caba´Zan de InterGaláctico" ordenó. "Dile que necesitamos reunirnos tan pronto como sea posible."



El aparato de escucha, cuidadosamente colocado, era un perfecto facsímil de una boca de incendio. Estaba entre Bruit y Caba´Zan sobre una mesa baja de la sala de estar de Bruit, tocando su canción:

"Aquí está lo largo y lo corto. Arrant ha decidido iniciar una ofensiva contra las naves de Mineral InterGaláctico. Sin realizar solicitud alguna al Senado. Está a punto de desatar una guerra, lo que también ha sido decidido ya..."

Caba´Zan movió una mano sobre su evidente calva. "Qué extraño. Parece tu voz."

Bruit cerró sus ojos con fuerza, luego los abrió y miró al falleen a los ojos. "Es mi voz, fue grabada. Pronuncié todas esas palabras –o la mayoría- en esta habitación."

La frente de Caba´Zan se arrugó. "No lo entiendo."

"Estaba en una reunión con mis hombres, informándoles del plan que tenían las naves de InterGaláctico en Eriadu. Alguien grabó la conversación."

"¿Uno de tus hombres?"

Bruit movió su cabeza consternado. "No lo sé."

"Uno de los miembros del clan Toom, entonces."

Bruit mordió su labio inferior. "Entonces, ¿por qué se necesitaba modificar la grabación, y ponerla durante un espectáculo musical para tu gente en la cantina? En comparación con ellos, no es posible que los Toom pudieran haber obtenido acceso a la base de datos de LL y hayan descubierto las coordenadas de reentrada de nuestras naves. No son tan listos. Tiene que haber sido uno de tus hombres."

"No son tan listos" dijo Caba´Zan. "O tan trabajadores. No habríamos sabido todo esto sobre tus planes si no llega a ser por el micrófono oculto."

Bruit silenció el dispositivo de escucha y movió su mandíbula por la irritación. "Investigaré quién está detrás de esto. Después trataré con el clan Toom."

Caba´Zan estrechó sus ojos. "Han jugado con nosotros como si fuéramos estúpidos, Bruit. Si estás insinuando venganza, quiero parte de la acción."

Oculto bajo los pilares del edificio, Darth Maul se dedicó una sonrisa, se dejó caer al suelo y corrió hacia la oscuridad.

Maul nunca dudó que el clan Toom aceptaría contratos de ambas compañías mineras. Ni siquiera pensó que el clan incumpliera su promesa de sabotear las naves. De esta forma no había necesitado ir a Eriadu a presenciar las fatales colisiones. En lugar de eso, había pasado el tiempo observando a miembros del clan Toom cerrando y abandonando la base de Dorvalla. Supuso correctamente que su traición uniría a

LL e InterGaláctico en su contra –incluso en poco tiempo-, por lo que los mercenarios habían decidido huir mientras pudieran.

Maul les había perseguido hasta Riome, un pequeño mundo cubierto de hielo situado en las profundidades del sistema Dorvalla, donde el clan ya tenía establecida una base secreta. Un grupo de forajidos más astutos podrían haber elegido poner tanta distancia como fuera posible entre Dorvalla y ellos. Pero quizá el clan Toom estaba convencido de que incluso las fuerzas de seguridad de Lommitte Sociedad Limitada combinadas con Mineral InterGaláctico no serían capaces de encontrarles. En cualquier caso, la siguiente tarea de Maul consistía en asegurarse de que Bruit descubriera la localización del santuario de Riome, sembrando la evidencia de que se trataba de la ubicación de la antigua base del clan.

Maul soportó durante un día entero las frías temperaturas y los aulladores vientos, en espera de que Bruit y sus hombres llegaran. Provistos de blasters y un surtido de armas más poderosas, salieron corriendo de la lanzadera en la que habían viajado desde el ecuador de Dorvalla y asaltaron la base subterránea. Acompañándoles, había un falleen varón y varios alienígenas que le seguían, entre los que se incluían los cuatro saboteadores que Maul había engañado en la cantina.

Frustrados al encontrar la base abandonada, empezaron a buscar pistas que les condujeran por donde se hubieran ido los mercenarios. Durante largo rato Maul estuvo convencido de que tendría que entrometerse en su descoordinada búsqueda y plantar ante sus narices la evidencia que tan hábilmente había sembrado. Pero al final lo descubrieron por sí solos.

Maul estaba dentro de su nave cuando Bruit y el resto embarcaron en la lanzadera y despegaron, supuestamente para recorrer Riome. El pensamiento del inminente enfrentamiento le revitalizó. Se emocionó al sentir la esperanza de que pudiera participar.



Riome surgió blanco como la muerte en la negrura del espacio.

En su más pequeño y veloz vehículo, Maul adelantó al variado equipo de vengadores de Bruit. Su nave flotaba sobre el terreno cubierto de nieve, desplazándose a gran velocidad por las laderas y pasando junto a los bordes del turbulento mar gris adornado con peñascosas islas de hielo. Maul no había visto señal alguna de que la nave Interventor del clan estuviera en órbita, y asumió que los mercenarios la habrían escondido en el campo de asteroides que rodeaba a Riome.

Al establecer su base, los mercenarios habían encontrado el lugar más cálido del pequeño mundo. Era una zona de volcanismo activo, con inmensos glaciares bañados con luz azul hielo, y parcelas de toscos prados, por donde burbujeaban lagunas oscuras de agua calentada por el magma. La base en sí se componía de una serie de búnkers semicilíndricos interconectados que una vez habían albergado a un grupo de científicos. A lo largo de los años, los droides y el equipamiento abandonado por los científicos se habían convertido en estrambóticas esculturas de hielo.

Maul aterrizó a un kilómetro de la base. Como en su primera visita, no halló indicios de que hubiera una instalación de radar. Observó a la lanzadera de Bruit descendiendo a través de los azules cielos, volando sobre el complejo y posándose en un círculo de permacreto, junto a un carguero corelliano en forma de disco y un cañonero de igual tamaño.

El clan Toom podría no haber sido inconsciente de la llegada de la lanzadera, pero Bruit, a pesar de todo, logró pillar desprevenidos a los mercenarios. Su fuerza de veinte hombres emergió de la lanzadera junto a un grupo equipado con motores de elevación por repulsión, que dejó profundos rastros en la superficie a causa de la locomoción. El clan consolidó una rápida defensa, lanzando rayos bláster desde hoyos

especialmente preparados para ello y desde un emplazamiento que contenía un cañón láser. Los invasores respondían con los repetidores bláster que llevaba el grupo motorizado y lanzamisiles, dejando sobradamente claro que estaban decididos a ganar el día.

Rayos verdiazules acertaron al vehículo y le hicieron clavarse profundamente en la nieve. Vestida con trajes especiales para el frío y cascos adaptados con cristales tintados, la legión de Bruit saltó de sus asientos. Un disparo directo del cañón láser redujo el transporte a pedazos. Multitud de trozos de metal volaron por el espeso aire, chisporroteando cuando caían sobre el helado terreno.

Las fuerzas de las compañías mineras se desplegaron y comenzaron un metódico avance hacia los búnkers, encontrando protección tras las rocas que habían sido desprendidas de las laderas de las montañas por los glaciares. Lo que Bruit no sabía, sin embargo, era que la base no podía ser tomada mediante un asalto frontal –no, en cualquier caso, por un puñado de hombres portando armas de veinte años de antigüedad. El bunker principal había sido fortificado con puertas blindadas, y la espesa pista de hierba que tenía enfrente estaba plagada de minas de fragmentación y otras trampas.

Maul decidió que tenía que mostrarse.

Apareció brevemente en una cuesta al este de la base. Vestía una extraña capa de gran longitud que le cubría ambas piernas. Su intenso color negro contrastaba con la nieve. Los atacantes le tomaron por un miembro del clan y abrieron fuego inmediatamente. Maul se impulsó sobre la cuesta con saltos y acrobacias, sin pensar apenas en las cosas que era capaz de hacer. Bruit tomó la sabia decisión de dividir a su equipo, figurándose, como Maul predijo que haría, que solo el enemigo conocía otra forma de entrar en la base.

Maul se mantuvo a la vista, esquivando los rayos bláster disparados por sus perseguidores, sin usar su espada de luz. No pudo haber sido un mejor guía si hubiera sido uno de ellos. Se escondió brevemente tras un glaciar, llamó a la Fuerza para girar sobre sí mismo y atravesar la blanca cresta. De las profundidades de aquella tumba de fabricación propia, oyó a los hombres de Bruit abalanzándose sobre la relativamente indefensa entrada a la que les había conducido.

Maul esperó hasta que estuvo seguro de que el último de ellos había desaparecido en el interior del lugar. Entonces salió de la cavidad helada como si fuera un sacacorchos y les siguió. Los silbidos de los blasters y el olor acre del fuego y la carne cauterizada habían calentado su sangre hasta una temperatura próxima a la ebullición, pero activó su espada de luz y se adentró precipitadamente en la contienda. Pero la matanza no era su empeño. Serviría mejor a los planes de su Maestro si los mineros y los mercenarios se mataban los unos a los otros –no obstante, Maul tendría que liquidar a los vencedores.

A juzgar por la ruta por la que estaba progresando el asalto, eran las fuerzas de Bruit las que estaban permaneciendo hasta el final. A pesar de ser inferiores tanto en armamento como en número, el asalto de los mineros estaba motivado por la ira de haber sido traicionados. Incluso con un tercio de su grupo ya herido o muerto, Bruit y su homólogo de InterGaláctico perseveraron, continuando con la lucha contra el clan Toom, el cual protegía la parte de atrás del bunker, tras deshacerse de los contadores del laboratorio y diversas piezas de instrumentación.

Explosiones procedentes de la parte frontal del bunker indicaron que los aliados de Bruit se habían metido en el campo de minas. Poco después, los supervivientes dispararon todas sus armas contra las puertas blindadas en su intento por abrirse paso a través de ellas. Maul correteó a lo largo del extenso muro del bunker central y encontró un lugar desde el cual podía observar la batalla. Para contener su ansia, se permitió evaluar las técnicas de combate de un contendiente u otro, convirtiéndolo en un juego de anticipación en el que tenía que adivinar quién moriría a manos de quién, y en qué momento concreto. Sus predicciones se hicieron más y más precisas a medida que los bandos se acercaban el uno al otro.

Una potente detonación convulsionó el bunker frontal. Las puertas blindadas se abrieron con un prolongado sonido chirriante, y cinco atacantes asaltaron el lugar atravesando una densa nube de humo. Dos cayeron muertos antes de haber

recorrido diez metros. El resto se pegaron a los laterales del bunker y empezaron a avanzar.

La ferocidad del enfrentamiento hacía parecer que ni un bando ni otro tolerarían la rendición. Era una batalla hasta la muerte —como prefería que fuera Maul, en cualquier caso. Su atención se centraba una y otra vez en Patch Buit. A pesar de lo desordenada que era su vida, su despliegue de audacia le hizo merecedor de la alta posición que ocupaba en Lommite Sociedad Limitada. Maul estaba impresionado. No quería ver a Buit caer ante los mercenarios, que no eran más que los blasters tras los que se escondían. Buit y el falleen dirigieron la carga final, sus fuerzas combinadas llegaron al mano a mano contra los miembros del clan de raza weequay y aqualish. Los mineros no mostraron piedad alguna, y por momentos la batalla estuvo perdida, con Buit, el falleen, y otros cinco aguantando en medio de la matanza.

Maul se preguntaba momentáneamente si podría dejarles con vida. Buit informaría al presidente de Lommite Sociedad Limitada de que el clan Toom había engañado a ambas compañías, y que habían pagado la traición con sus vidas. Pero era poco probable que Buit dejara sin más el asunto. Querría saber quién había montado la adulterada grabación, y podía incluso descubrir que la información sobre la ruta de navegación de LL hacia Eriadu había sido obtenida a partir de su ordenador personal. Después empezaría a pensar de nuevo en el micrófono oculto de la cantina, y quizá inspeccionaría todas y cada una de las grabaciones de vigilancia disponibles. Como Maul sabía, las imágenes de un iridoniano con una cara llena de tatuajes rojos y negros podían aparecer en una de ellas.

Por supuesto, no había peligro de que fuera rastreado hasta Coruscant, mucho menos hasta la guarida de su Maestro. Pero la última cosa que quería era que Darth Sidious viera la cara de su aprendiz en alguna lista de los más buscados de la HoloRed.

Maul tenía que terminar lo que había empezado.

Desenganchó su espada de luz, encendió ambos extremos y saltó para bajar al suelo del bunker prefabricado.

Buit, el falleen y los demás se giraron cuando oyeron el resonante zumbido de su arma, que hacía girar sobre su cabeza y alrededor de sus hombros. Pero nadie disparó. Permanecieron observándole, como si fuera una alucinación nacida de su ansia de sangre o de la ceguera que provocaba la nieve.

Maul pensó que tendría que aguijonearles para que hicieran lo que necesitaba que hicieran. Empezó a andar hacia delante, mirándoles con sus ojos amarillos, frunciendo el ceño y enseñando sus dientes, y al final alguien disparó —el rodiano de la cantina. Maul desvió el rayo contra él con el filo inferior y continuó acercándose.

“No tenemos que luchar contra ti, Jedi” gritó el falleen.

El comentario detuvo por un momento a Maul.

“Este es nuestro negocio” continuó el humanoide. “No concierne a Coruscant.”

Maul gruñó y avanzó.

Tras agacharse de repente, un twi'lek disparó, y Maul se retorció, haciendo que los rayos rebotasen contra las hojas de luz carmesí. El twi'lek y otro guarda de seguridad cayeron. Después el resto abrió fuego a la vez. Maul saltaba y se giraba, se daba la vuelta y rodaba, una maravilla acrobática, imposible de alcanzar. Se paró una vez que elevó su mano y empezó a acribillar a sus oponentes con la agitación que le proporcionaba la Fuerza y sus agudos poderes. A unos les desviaba los blasters contra sí mismos y a otros los lanzaba sobre una mesa con la suficiente fuerza como para partir en dos sus columnas vertebrales.

Con su arma agotada, el falleen se abalanzó contra él. Maul se giró mediante una patada voladora, rompiendo el brazo del falleen. Luego, sin bajar su pierna, le rompió el cuello.

Sólo quedó Buit. Mirando a Maul boquiabierto de incredulidad, dejó caer su bláster de su rígida mano. Maul continuó aproximándose a él, sujetando la espada a un lado, con las hojas paralelas al suelo.

"No sé cómo ni por qué," empezó Bruit "pero sé que debes ser el responsable de todo lo que ha ocurrido."

Maul decidió escucharle hasta el final.

"Grabaste mis conversaciones. Después las alteraste para engañar a los sabotadores que habías identificado en la cantina. Probablemente te las arreglaste para hacer que encontráramos este lugar" Bruit gesticuló en términos generales. "¿Puedo al menos saber el por qué antes de que me mates?"

"Es algo que ha de ser realizado... para lograr un propósito mayor."

Bruit ladeó su cabeza, como si no hubiera oído a Maul correctamente.

Maul le miró fijamente. "No necesitas pensar demasiado en ello."

Elevó su hoja de energía, preparándose para atravesar el pecho de Bruit, después se contuvo. No lo haría con su espada, de ninguna manera. La desactivó, alzó su mano derecha e hizo un gesto con sus enguantados dedos. Las manos de Bruit se deslizaron hacia su tráquea y empezó a jadear tratando de respirar.



Jurnel Arrant estaba en su oficina cuando recibió los detalles de la muerte de Bruit en Riome. El mensaje provenía de un representante judicial, que había sido avisado en Coruscant a petición suya.

"Estoy avergonzado de todo este negocio" dijo Arrant en un tono de angustiada confesión. "Soy culpable de ordenar a Bruit que se hiciera pasar por forastero para hacer el trabajo sucio. Yo agravé este conflicto."

El mineral de lommite todavía podía ser extraído, pero LL no disponía de suficientes fragatas para transportarlo. Reemplazarlas costaría más que el valor actual de la empresa. Desde que Arrant se había enterado, InterGaláctico se encontraba en la misma situación.

La furia se apoderó de él. "Estoy convencido de que los neimoidianos de la Federación de Comercio llamaron al clan Toom y les pagaron para que sabotearan nuestras naves, junto a las de InterGaláctico."

"Eso será difícil de probar" dijo el juez. "El clan Toom ha sido exterminado eficazmente, y salvo que puedas presentar algo que demuestre esa teoría, no podemos declarar una buena razón por la que interrogar a los neimoidianos" cuando se disponía a añadir algo, Arrant le interrumpió.

"Bruit era un buen hombre. No debería haber muerto por lo que hizo."

El juez frunció el ceño, luego sacó un dispositivo de audio muy fino del bolsillo de su túnica y lo colocó sobre el escritorio de Arrant. "Antes de que te hagas papilla, quizá quieras escuchar esto."

Arrant cogió el aparato. "¿Qué es?"

"Una grabación localizada en la base del clan Toom, aquí en Dorvalla. Está incompleta, pero hay suficiente material como para merecer tu atención."

Arrant activó la función de reproducción.

"Deseo ver tanto a Lommite como a InterGaláctico hundidas," dijo una voz masculina "de modo que alguien con una previsión realista pudiera construir una organización mejor desde la escoria."

Los ojos de Arrant se abrieron con nervioso asombro. "¡Ese es Bruit!"

"Entiendo," decía una segunda voz masculina. "quiero algo de la acción."

Arrant pausó la reproducción. "¿Quién es..."

"Caba Zan," facilitó el juez "el ex-jefe de seguridad de Mineral InterGaláctico."

Muy a su pesar, Arrant reactivó el dispositivo.

"Necesitamos un equipo que lo logre" dijo Bruit. "Nadie sospechará de nosotros, y Arrant no necesitará saber nada más que lo necesario."

"No es tan listo."

"Los Toom saben lo que significa hacer un trabajo. Vamos a hacer un movimiento contra todo el mundo en Eriadu..."

Arrant apagó el aparato y le empujó lejos de él. "No sé qué decir."

El representante judicial asintió, apretando los labios.

Arrant se puso de pie y esperó largo rato mirando fijamente por la ventana. Cuando se dio la vuelta, su expresión mostraba su desolación. Pulsó una tecla de su intercomunicador y segundos después su droide de protocolo secretario entró en la oficina.

"¿En qué puedo servirle, señor?"

Arrant elevó la mirada hacia el droide. "Necesito hacer dos holollamadas. La primera será para el presidente de Mineral InterGaláctico, para discutir las condiciones de una posible fusión.

"¿Y la segunda, señor?"

Arrant tomó un momento para responder. "La segunda llamada será para el Virrey Nute Gunray para negociar las condiciones que nos concedan derechos exclusivos de la Federación de Comercio para el transporte y la distribución del lommite de Dorvalla."



En una húmeda gruta llena de hongos incrustados en las paredes del mundo neimoidiano, Hath Monchar y el Virrey Nute Gunray recibieron una alarmantemente repentina holovisita de Darth Sidious. En cuanto alcanzó el holoproector y surgió la encapuchada silueta que era el Lord de los Sith, Monchar inclinó su adornada cabeza en un saludo gentil y extendió los gruesos dedos de sus manos.

"Bienvenido, Lord Sidious" dijo.

Aunque sus ojos permanecían ocultos bajo la capucha de su capa, Sidious parecía estar mirando fijamente a Gunray a través de Monchar, quien reposaba sobre su mecanosilla, cuyas patas parecían garras, a unos pocos metros de distancia.

"Virrey" dijo Sidious con su áspera voz "Descarto tu subordinación, así que quizá hablemos en privado sobre los recientes acontecimientos de Dorvalla."

Monchar miró con asombro a Sidious, luego se giró hacia Gunray. "Pero, Virrey, yo era el único que podía contactar con Lommite Sociedad Limitada. Merezco al menos algunos de los créditos por lo que ha ocurrido."

"Virrey," dijo Sidious, un poco más amenazador "te aconsejo que tu sumisión a sus contribuciones en este asunto fueran inconsecuentes."

Gunray miró de reojo a Monchar con nerviosismo. "Será mejor que lo dejes."

"Pero—"

"Ahora— antes de que se enfade."

El saco de tripas de Monchar hizo un rugido enfermizo cuando abandonó la gruta. Gunray se deslizó de la mecanosilla y se acercó al holoprojector. Tenía la mandíbula inferior desencajada y su grueso labio de abajo no estaba acompañado. Una profunda fisura separaba el bulto de su frente en dos lóbulos laterales. Su piel mostraba un saludable azul grisáceo gracias a las frecuentes consumiciones de los hongos más selectos. Sus togas rojas y naranjas de exquisita factura caían de sus estrechos hombros, junto a una sotana marrón que le llegaba hasta las rodillas.

"Disculpe por la indiscreción de mi ayudante" dijo. "Está muy tenso por culpa de demasiadas comidas succulentas."

El rostro de Sidious no reveló nada. "Disculpa aceptada, Virrey."

"Hath Monchar me respeta tanto como yo le respeto a usted, Lord Sidious: con una mezcla de pavor y miedo."

"Necesitas temerme sólo si me fallas, Virrey."

Gunray parecía tomar el comentario como un aviso. "He estado esperando tu visita, Lord Sidious. Aunque confieso que no tenía idea de que estuviera enterado de los sucesos de Dorvalla –mucho menos de que la Federación de Comercio tuviera interés en el planeta."

"Descubrirás que hay pocos asuntos de los que no estoy informado, Virrey. Es más, no hemos visto lo último de Dorvalla. Hay algo a lo que necesitamos prestar atención a su debido tiempo."

"Pero, Lord Sidious, se ha resuelto el asunto. Lommite Sociedad Limitada y Mineral InterGaláctico se han fusionado para formar Minería Dorvalla, pero la Federación de Comercio transportará el mineral, y ahora representaremos a Dorvalla en el Senado Galáctico."

"Y lo más importante, tienes un lugar seguro en el directorio."

Gunray inclinó su cabeza. "Eso, también, Lord Sidious."

"Entonces el escenario está listo para el siguiente acto."

"¿Puedo preguntar en qué consistirá?"

"Te informaré en el momento adecuado. Hasta entonces, hay otros asuntos que debo atender, para asegurar la base de poder de la Federación de Comercio y fortalecer tu posición personal."

"No merecemos tu atención."

"Entonces esfuérzate por merecerlo, Virrey, nuestra asociación continuará prosperando."

Gunray tragó saliva ruidosamente. "Haré algo más, Lord Sidious."

En su guarida en Coruscant, Darth Sidious desactivó el holoprojector y se giró hasta encarar a Darth Maul.

"¿Les has notado más leales que antes?"

"Más asustados, Maestro," dijo Maul sentado en el suelo con las piernas cruzadas "lo que quizá acabe dando el mismo resultado final."

Sidious hizo un sonido de afirmación. "Aún no hemos terminado con ellos –no ha llegado el momento."

"Empiezo a entender, Maestro."

La boca de Sidious se aproximó a lo que es una sonrisa de aprobación. "No me decepcionaste en Dorvalla, Darth Maul."

"Maestro" dijo Maul, inclinando ligeramente la cabeza.

Sidious le estudió por un instante. "Siento que disfrutaste trabajando por tu cuenta."

Maul elevó su rostro. "Mis pensamientos están abiertos a ti, Maestro."

"Ya lo veo" dijo Sidious lentamente. "Suaviza tu entusiasmo, mi joven aprendiz. Pronto habrá otra tarea para que te desahogues."

Maul esperó.

"Familiarízate con las operaciones de la organización criminal conocida como Sol Negro. Y mientras lo hagas, vuelve a tu entrenamiento de combate. Tu espada de luz puede que te resulte muy útil para lo siguiente que te exigiré."

FIN

Traducción: *Darte Berth*

Montaje: *KSK, mayo 2005*